



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
 DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,
 AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 29.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mez.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	½ peso.	1 ½ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 20 de Octubre de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Peninsula, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

LA GOLONDRINA.

Tiene razon la gente sencilla del campo al llamar á la golondrina el pájaro de Dios, porque éste ha derramado sobre él con visible parcialidad sus gracias y generosos dones, y aún entre los hombres envidian muchos las fa-

cultades de su espíritu y las virtudes de su corazon; es mejor que la tórtola y el gorrion, por su terneza; mejor que Filemon y Baucis, por su fidelidad; mejor que la perdiz, por su amor maternal; mejor que la pájara pastora, por su caridad sin límites, y mejor que el halcon, por la potencia de su vuelo y la vista y perspicacia.

La golondrina es la más afectuosa amiga del hombre. Dios nos la envia en la hermosa primavera, al esclarecer los primeros rayos del sol, para desembarazarnos de multitud de insectos alados que zumban á nuestros oidos y agujerean nuestra piel.

Se halla sabiamente instruida en el arte de construir,



CAZA DE AVES ACUATICAS.

para que pueda fabricar su nido en los ángulos de nuestras ventanas. Dios la ha concedido para regocijar el aire que respiramos el más gracioso vuelo, los más frescos y alegres gorjeos.

Ha recibido por patria toda la tierra habitable, y no hay pájaro que haya medido tantas latitudes como éste en su excursión anual. Ignora el frío de los climas como el del corazón; su vida es una larga fiesta, y su canto un himno eterno á la primavera y á la libertad; el gorjeo de la golondrina es el tema favorito sobre que versan los cantos del ruiseñor, del canario, de la picaza vocinglera y tantos otros artistas alados.

La unión entre el macho y la hembra dura tanto como su vida, tanto como su afección por los lugares que les han visto nacer, ó que fueron la cuna que arrullaron sus primeros amores.

Más castos y más púdicos que los pájaros favoritos de Vénus, no consienten testigos á los secretos íntimos de su amor, y corren la casta cortina sobre los misterios de la alcoba nupcial.

La especie es fecunda en Artemisas, que llevan hasta la tumba el duelo por su esposo, y en inconsolables maridos, que mueren ántes de haber podido habituarse á la viudez del corazón.

La ciencia, indiferente, no se ha ocupado, como debía, de analizar las circunstancias que determinan la muerte de tantas golondrinas como perecen ahogadas; en estos casos de muerte violenta, ó de fin prematuro, se ve á caritativas vecinas encargarse de la tutela de los hijos de la pareja difunta, y proveer generosamente á la educación y alimento de los pobres huérfanos. ¡Qué lección para tantas madres que no cuidan de los suyos y los abandonan en medio del arroyo, cuando no se libran de sus incomodidades ahogándolos!

Los rasgos de heroísmo maternal son tan numerosos en la historia de las golondrinas, que existe una leyenda de una madre precipitándose á las llamas para salvar á su hija; la solicitud de los padres por estos hijos mimados es tan activa, y su costumbre de regalarles golosinas tan constante é inveterada, que no es raro hallar en un nido de golondrinas de ventana alimentos de más tamaño y más grandes de lo que pueden deglutir; los buenos padres carecen de lo más necesario, por dar lo superfluo á sus hijos.

Este hecho curioso ha sido observado más de una vez, y no conozco más que otra especie (la de las palomas) entre las cuales se reproduzca el fenómeno. El espíritu de maternidad se manifiesta en la golondrina desde la más tierna edad, y muchos observadores han podido ver, como yo, hácia la última estación, á pequeñas golondrinas, apenas salidas del nido, acercarse á sus padres y ayudarles en los cuidados de la educación de una nueva familia, y suele suceder que los Benjamines de esas nidadas, perezosos y tardíos, se hallan algunas veces con dos nodrizas cada uno.

Dupont de Nemours, Isidoro Geoffroy y Saint-Hilaire, Roullin, Dupui y algunos otros, han visto unas cuantas golondrinas que acudieron á libertar á una de sus compañeras, sujeta por la pata á un cordón de seda. Dios no ha querido dotar á la golondrina de alas tan rápidas y vista tan poderosa, sin imponerle una condición, una misión de caridad social; está encargada de velar y avisar los peligros que amenazan á las especies perezosas ó descuidadas; así es que los pájaros de las calles y las gallinas y pollos de los corrales tienen el oído siempre atento al grito de alarma de la golondrina, y necesidad de contar con su vigilancia para dejar libre el espíritu á sus ocupaciones; he tenido ocasión de observar esto en las riberas del Saona y sobre las del Sena; en Argelia afluyen por bandas numerosísimas, dóciles á las instrucciones de Dios, que ha querido que consagren sus superiores medios al cuidado y conservación de sus hermanos. Spallanzani ha calculado que el vencejo grande, negro, vuela con una velocidad de ochenta leguas por hora, y Belon asegura que percibe distintamente una mosca ó una hormiga á medio kilómetro de distancia; la golondrina de chimenea y la de ventana, que se balancean perpétuamente en los aires y juguetean y retozan unas con otras en lugar de seguir la línea recta, no llegan, según parece, más que á las dos terceras partes de velocidad del vencejo negro.

Los romanos empleaban las golondrinas á guisa de pi-

chones de posta, para transmitir las noticias de las victorias del circo; los sitiados se servían de ellas igualmente como medio de correspondencia con el exterior, y podían saber qué día serían socorridos, ó el momento preciso de una oportuna salida.

La golondrina es un mensajero más pequeño pero más seguro que la paloma, porque no se deja, como ésta, atacar por las aves de presa. Es maravilloso también el instinto que demuestra la golondrina para volver á hallar su nido, y se han visto en Toscana crías transportadas á diez leguas del país en que nacieron, escaparse de su jaula y entrar en el domicilio paterno media hora después.

Los pájaros que tienen cortas las patas y largas las alas, como las golondrinas, se ven en la necesidad de permanecer en el nido más tiempo que los de otras especies, y esperar con resignación que sus plumas y cola tengan las dimensiones convenientes y una solidez á toda prueba; en cambio, los pájaros que están más destinados á correr que á volar pueden salir del nido momentos después de su nacimiento.

Todas las especies de golondrinas se bañan y abrevan volando, y en el aire alimentan á sus pequeños durante los primeros días que siguen al de la salida del nido; nada hay más delicioso que ver estas aéreas distribuciones tan sabiamente ordenadas, para no hacer celosos á unos de las gracias y favores que reciben otros; nada más encantador que el celo del padre y de la madre al dirigir en el espacio los primeros aleteos de sus educandos, y enseñarles á coger los mosquitos al vuelo.

Reinas del aire por la ligereza, la gracia caprichosa y la potencia de su vuelo, las golondrinas son además arquitectos de primer orden, que despliegan en la construcción de sus nidos un prodigioso talento; los nidos de las golondrinas de chimenea, y sobre todo los de ventana, son trabajos maravillosos, en los cuales intervienen, con la ciencia del arquitecto, el arte del albañil y del estucador; los machos tienen, en las dos especies, el deber de trabajar en el nido como las hembras, y éstas emplean con ellos las más seductoras promesas para obligarles á ello; la golondrina de los campos ahueca con sus garras en las pendientes de las cuevas, y hace verdaderas cuevas subterráneas para establecer su familia.

El vencejo negro, que se ve á menudo obligado á fabricar su nido sobre las superficies planas, emplea pequeñas vigas como defensa, y ha imaginado un curiosísimo procedimiento para la construcción: llena un espacio de terreno con su saliva, que arroja con más abundancia en la periferia que en el centro, y después lo deja secar; á medida que la materia se solidifica, esta periferia toma figura y se determina por una especie de relleno de barro ó lana que sobresale, y que el hábil albañil aumenta de volumen y altura hasta darle las dimensiones necesarias; así como vence las dificultades principales del asiento de su domicilio, esta especie de saliva desecada concluye por espesarse, y adquiere la consistencia del *caoutchouc*. El más célebre de todos los nidos de golondrina es el que se come, y le hacen en las Molucas, confeccionándole con ciertas algas azucaradas del mar de las Indias. Se ha calculado la exportación anual de China en trescientos ó cuatrocientos mil nidos de golondrina, cuyo importe asciende, por lo ménos, á doce millones de francos.

Los magos de este país singular aseguran que este producto es un específico y remedio seguro para dar frescura y rejuvenecer los sentidos, y así hay allí anciano mal avenido con su debilidad que no come otra cosa que nidos de salangana.

Estos nidos no son tan sólo artísticas maravillas de arquitectura, sino modelos además de economía y solidez: un cuervo de iglesia que tuvo un día la imprudencia de meter la cabeza en un nido de golondrina, en la Plaza de Vendôme, fué víctima de su curiosidad, pues no pudo volver á sacarla, y murió á los pocos momentos.

Bajo cualquier punto que se las considere, son dignas de una existencia dichosa y de merecida consideración; por largo tiempo Francia fué para ellas una dulce patria, donde apaciblemente se multiplicaban numerosas familias, bajo la triple salvaguardia de la poesía, el amor y la hospitalidad; podría citar cientos de nombres de poetas que

han cantado en diversos tonos á la golondrina, empezando por Isaías, Homero y Virgilio, y concluyendo por Chateaubriand, Lamartine y Felicien David.

Es digno de observación el que los poetas no se han equivocado jamás sobre las costumbres de las golondrinas, ni han desconocido su carácter analógico, mientras que los sabios, incluso Plinio, han escrito acerca de ellas volúmenes llenos de tonterías y disparates.

En otros tiempos las jóvenes tenían la costumbre de atar cintas de diversos colores en el cuello de las golondrinas para conocerlas á su vuelta, y si ésta se realizaba, auguraba la fidelidad de sus prometidos amantes; la muerte de la golondrina, como la de la cigüeña, se consideraba un acto de impiedad, porque las golondrinas son los pájaros de Dios, los huéspedes del hogar doméstico, y el pueblo, en su fe sencilla, cree que si las ahuyentara, la dicha de sus casas volaría con ellas.

La esclavitud es mortal para la golondrina, y es rarísimo que alguna haya podido vivir en jaula. La fe pagana había ido más lejos que la cristiana en su devoción á la golondrina, y la colocaba bajo la protección de Esculapio, dios de la Medicina; los antiguos farmacéuticos poseían diez y siete diversas recetas de específicos sacados de las golondrinas; entre otros, había una cierta agua de golondrina que, como el bálsamo de Fierabrás, tenía la propiedad de curar toda clase de heridas; pero no estaba en uso, porque el que se la aplicaba se quedaba indefectiblemente calvo.

Los sacerdotes y los magos de Egipto habían comprendido mejor que los filósofos griegos el verdadero sentido analógico de la golondrina, que era el emblema de la felicidad conyugal de ultratumba, y representaba á la diosa Isis, inconsolable por la muerte de Osiris, y buscando su cadáver amado sobre la superficie de las olas.

A. TOUSSENEL.

CAZA DE AVES ACUÁTICAS.

(Véase la lámina de la página 225.)

La época de las grandes lluvias en que estamos trae consigo esos millares de aves acuáticas de variadísimas especies, que, abandonando las aguas heladas del norte de Europa, vienen á repartirse á su capricho por los ríos, los lagos y los estanques más abrigados de todo el Mediodía.

La lámina á que se refiere este artículo representa una de esas pintorescas lagunas en que tanto abunda nuestro país, y que eligen por morada los habitantes volátiles de las aguas. Allí se ven cómo se ciernen en la región del aire, y cómo se señorean sobre el líquido elemento, acosadas por los que les dan caza en sus ligeras barquillas, y observadas por los buitres y demás aves de rapiña, que, revoloteando por las alturas, ó posadas en los árboles, están eligiendo la presa que han de cazar por su cuenta ó que han de arrebatarse á los mismos cazadores tan pronto como dispares sus escopetas.

Nada más agradable y poético que esas mañanas templadas y serenas, en que á los primeros rayos de la aurora se aguardan las bandadas de patos de tantas clases, cuando regresan á sus lagunas querenciosas después de haber pasado las noches en sus comederos. Nada más entretenido tampoco que esas tiradas en que se consumen la pólvora por libras y los perdigones por arrobas, y en que se cuenta la cacería por centenares de aves, como acontece en Valencia, en Daimiel, en Jerez y en otras partes.

Esas tiradas quizás no ofrecen para algunos, y entre ellos para nosotros, todos los atractivos que tiene el monte cazando en mano la liebre y siguiendo de ladera en ladera la perdiz, ú ojeando en la sierra el jabalí y el venado; pero en cambio tienen el misterio poético que se apodera del alma del cazador cuando surca tranquila y sosegadamente las aguas con su barquilla en la oscuridad de la noche, para situarse en su puesto ántes del amanecer, y las preocupaciones venatorias á que se entrega en aquella fría y lúgubre soledad, hasta que le sorprenden las numerosas y continuas bandadas de patos reales, cercetas, fochas, y tantas otras especies y variedades de aves acuáticas, que no permiten sosiego al espíritu ni paz á la mano.

Lo que indudablemente recrea más el ánimo son esas tiradas que se hacen á manera de ojeos, formando en ala seis ú ocho ó más barquillas, ocupada cada una por su barquero y un cazador, bogando todas en órden, y aco-sando á las aves que, estrechadas, se levantan á cente-nares y aún á millares, pasando por encima de la línea de los cazadores, y cayendo en copiosa lluvia sobre ellos, heridas por el plomo mortífero; ojeo de ida y vuelta que se repite varias veces hasta el cansancio de los cazadores, ó hasta que las aves se ausentan temporalmente, asustadas por el continuado tiroteo.

Nosotros hemos asistido á una de estas tiradas, en que entre unos cuantos cazadores, en dos días, y de ellos nada más que unas doce horas, matamos más de mil patos de todas clases.

A. T.

EL LOBO Y EL CORDERO.

(Véase la lámina de la página 229.)

La dominación de la casa de Austria en España trajo consigo el establecimiento de muchas familias tudescas en nuestro país. En una de las provincias del norte de la Península, cerca de las vertientes de los Pirineos, aún se conservan los restos de dos famosos castillos que recuerdan la existencia de dos familias alemanas, muy principales, que vivieron y murieron entre nosotros. En uno de ellos dejó fama de sus proezas militares, que corren entre el vulgo de los campesinos, un valiente militar, padre de un bizarro y romántico mancebo que inmortalizó su nombre con sus correrías caballerescas y amorosas tras las bellas españolas de aquellos tiempos, y con sus fiestas venatorias en persecución de las fieras que infestaban las ásperas montañas de la comarca. En el otro también dejó nombre de sus grandezas y virtudes una ilustre dama, que criaba con severa y santa educación á una linda y discreta niña, encanto de los jóvenes españoles de aquellas cercanías.

Arturo y Florinda, que tales eran los nombres de los dos hijos de esas dos aristocráticas familias alemanas, son los personajes que figuran en la lámina á que se refiere este artículo, y los que serán el objeto de nuestra verídica historia. Arturo era gallardo, apasionado y entusiasta cazador, y Florinda era hermosa, sensible y amante de los animalitos y de las flores. Él había nacido para la guerra, y por eso ya en los primeros años corría el monte con su arcabuz persiguiendo á las bestias feroces; y ella, que había nacido para la paz, cuidaba con amor sus aves, y cultivaba con esmero las rosas y los claveles de sus magníficos jardines. Arturo era un aristocrático cazador, y Florinda era una aristocrática pastorcita.

Una fresca mañana de primavera bajó Florinda de su castillo, hasta la margen de un riachuelo, á visitar sus flores, después de haber saludado á sus palomas y á sus faisanes. Á la misma hora recorría Arturo los bosques de juncias y espadañas, á orillas del agua, en persecución de un soberbio jabalí, cuya fresca huella le llevaba hácia el vecino castillo.

La caza de Arturo recordaba aquellos versos de Góngora :

Los montes que el pie se lavan
En los cristales del Tejo,
Cuando las fuentes se miran
En los zafiros del cielo,
Tiranizados tenía
Un cerdoso animal fiero,
Terror del campo, y ruina
De venablos y de perros.
Buscándolo errante un día
Perdido un galán montero,
Segunda envidia de Marte,
Primer Adónis de Vénus,
Escalando la montaña,
Y penetrando sus senos,
Lo dejó la blanca luna,
Y lo halló el luciente Febo.

Florinda, ajena de toda sorpresa que no fuese la presencia de su ilustre madre, jugaba en su riachuelo, rompiendo los limpios cristales de las aguas con sus lindos piecitos. Pudiera decirse de ella lo que de la pastora de Gil Polo :

Galatea, desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña;
Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el són del ronco estruendo
De las ondas alteradas;
• Junto al agua se ponía,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar, huía;
Pero á veces no podía,
Y el blanco pie se mojaba.

Arturo, que había perdido la huella del jabalí, pero que se encontró con otra huella, huella humana, tan corta y tan menuda como la de la fiera, apresuró el paso, sintiéndose poseído de la fiebre de las aventuras que hacía tiempo ardía en su corazón. En una mirada comprendió que aquella linda huella, bajando del castillo, no podía ser sino de la aristocrática pastorcita que adoraba en secreto, á pesar de la indiferencia que había notado en ella en las pocas visitas que con su padre había hecho al castillo de sus vecinas y compatriotas. Arturo sintió en su pecho todas las malas pasiones de un verdadero cazador furtivo, con las circunstancias agravantes de la calidad de la res y de la ley de la Veda, ley divina en esta ocasión que sobre su cabeza pesaba.

Por eso el artista autor de la lámina que publicamos, en la eventualidad de cualquiera suceso, ha representado en segundo término la famosa y clásica fábula de *El Lobo y el Cordero*, al pintar la sorpresa de la bella Florinda por el gallardo Arturo. Pero toda la altiva arrogancia del mancebo se humilló ante la augusta dignidad y modesto reposo de la doncella.

Al contemplar el grabado, parece que asistimos á una égloga pastoril, pero no en las selváticas soledades de un bosque, sino en los aristocráticos salones de un palacio, en que, sin embargo, se nos figura oír en boca de Arturo los siguientes versos de Garcilaso :

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por tí la verde hierba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!

Toda esta pasión, toda esta ternura se estrellaban en la fría calma con que Florinda miraba al soberbio aparecido, el cual, endulzando su acento, parece decir con Gutierre de Cetina :

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois celebrados,
¿Por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos parecéis á quien os mira,
¿Por qué á mí solo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al ménos.

Estos tiernísimos acentos debieron ya herir las cuerdas sensibles del inocente corazón de Florinda, alejando toda la sospecha que pudiera haberle infundido la fama de las aventuras, como la súbita é inesperada aparición del mancebo. Conociendo éste la posición respectiva de cada uno, pudo anticiparse á Cadalso, diciendo, entre apasionado y conmovido por una impresión que arrancaba del fondo de su alma enamorada, los siguientes versos :

¿Ves cuántas flores al prado
La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Más veces te quiero yo.
¿Ves cuánta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,
Más veces te quiero yo.
¿Ves al salir de la aurora
Cuánta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Más veces te quiero yo.
¿Ves la nieve derretida
Cuánto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
Más veces te quiero yo.
¿Ves cuánta abeja industriosa

De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Más veces te quiero yo.
¿Ves cuántas gracias la mano
De las deidades te dió?
Pues mira, dueño tirano,
Más veces te quiero yo.

Desde este momento la noble altivez de Florinda cambió completamente, se trocaron los papeles del lobo y del cordero por los de dos amantes, y ambos corrieron á abrazar á sus padres, que bendijeron el respeto á la ley de la Veda que supo guardar el caballero Arturo.

Pocos días después Arturo y Florinda, cubriendo con sus pieles montaraces sus hidalgos y enamorados corazones, corrieron juntos el monte, armados de sus escopetas, tras la huella del fiero jabalí enantes perseguido por aquél, teniendo ella la fortuna de atravesarlo de un balazo.

Arturo celebró la hazaña de Florinda estrechándola entre sus brazos y diciéndola al oído estos versos de Juan de Salinas :

Un jabalí yace aquí
Muerto por una deidad;
Muriera de vanidad
Otra vez á estar en sí.
No fué solo el jabalí
El muerto; que no hallarás
Caminante que jamás
Quede en la selva con vida;
Que éste murió de la herida,
Y de envidia los demás.

Quisiéramos, con el recuerdo de nuestros poetas, haber descrito la poesía en que rebosa la lámina que es objeto de este ligero artículo.

A. T.

LA PESCA EN RUSIA.

(Véase la lámina de la página 232.)

Entre los pescados que pagan á Rusia todos los años un tributo de alimento muy apetecido, es preciso contar el salmon.

Este se encuentra en todas partes y en gran abundancia, como en otro tiempo sucedía en nuestros rics ántes que hubiéramos tenido la simpleza de impedirles el camino con tanta clase de presas como se han permitido en nuestras aguas, en beneficio de uno solo las más de las veces.

Durante algunos años no se conoció la torpeza que se cometía con estas concesiones, pero después de cierto tiempo, no pudiendo obedecer el salmon los impulsos de la naturaleza, emigra y no vuelve. En Rusia vuelve el salmon y abundantemente.

Los pescadores de ese país varían, según los sitios, su manera de pescarlo; pero en general se puede decir que sus métodos son primitivos.

En el Petchora se pesca el salmon por medio de redes flotantes colocadas al través del río. En el Ponoí se coge con una especie de red que tiene una bolsa, algo parecida á nuestro esparavel, y que se extiende entre dos barcas. Esta clase de pesca no es dañosa.

En las costas del mar Blanco, los pescadores fijan aparatos que recuerdan las almadrabas del Mediterráneo, un poco simplificadas. En efecto, lo mismo que los atunes siguen las orillas del mar, paralelamente á las costas, en tropas; de la misma manera se presentan los salmones para subir los ríos, marchando paralelamente á las costas, cuando tratan de buscar la embocadura. De modo que no es sorprendente que siendo la marcha de los pescados semejante, sean los mismos los medios empleados para cogerlos.

El grabado, fig. 5, en que representamos una de estas almadrabas, demuestra cómo de un solo golpe, al cerrar la entrada próxima al brazo conductor, quedan presos todos los salmones en la manga final. Estos pescados, después de cogidos, se salan y se envían al interior del país.

Igualmente se pescan grandes cantidades de lanzones (*ammoditas*) con arpones, semejantes á los usados por nuestros pescadores. Aunque grosera su construcción, como puede verse en la fig. 3, está apropiada perfectamente para el objeto en que debe emplearse, es decir, el de capturar la mayor cantidad posible de lanzones á la

vez, en el surco que deja la barca que lleva la luz ó faro en su proa.

Este faro es de lo más sencillo que puede imaginarse. En la proa de la barca (véase la fig. 1.^a) se fija un hierro cuyo extremo superior encorvado se adelanta horizontalmente por cima del agua, con tres travesaños con sus respectivos ganchos levantados en sus extremos. En estos travesaños se colocan trozos de madera de resina que se encienden, y cuyos restos caen al agua á medida que se consumen.

Nada puede haber más sencillo ni que dé mejores resultados, porque el fuego da directamente en el agua, y no intercepta nada la claridad; pues estando muy alta la luz, el reflejo no impide á los pescadores el uso del arpon.

Mientras nos hallamos en un país en donde el invierno es rigoroso, en donde el hielo cubre los ríos durante muchos meses, bueno será que demos algunos detalles de la balanza (fig. 4).

Evidentemente la idea primera fué de ir á coger el pescado en el elemento en que se encuentra, es decir, bajo el hielo; para conseguirlo no había otro recurso que abrir un agujero ó introducir por él el anzuelo. Pero al mismo tiempo era preciso una vigilancia extremada é incesante para ver cuándo mordía el pescado y sacarlo sin pérdida de tiempo, por temor de que en sus últimos y supremos esfuerzos no rompiera el sedal al rozarlo con los cortantes bordes del hielo.

¿Cómo remediar este inconveniente, y sobre todo evitar estar de planton mucho tiempo al lado de un agujero sobre la nieve y azotado por el cierzo del Norte?

La balanza responde á todos los deseos.

A (véase la fig. 2) es el extremo de una pértiga de madera suspendida en una especie de trípode, colocada sobre el hielo. En la otra extremidad, que es más gruesa, se sujeta una piedra ó un pedazo de hielo para que sirva de contrapeso. La cuerda B B está colocada en un aparato que tiene un resorte de un mecanismo sencillísimo, que se fija en el arco D X, formado de una rama de árbol por medio de la clavija C, y que tiene sujeta á la pértiga A. Una vez cogido, el pescado tira en dirección S de la cuerda atada al rededor de C; ésta se desprende y la pértiga A se levanta arrastrando al pescado consigo fuera del agua. Una vez expuesto al aire y al frío, queda al momento inmóvil, muerto y helado.

Es indudable que este sistema se podría emplear con éxito en la pesca de la carpa y del barbo en los estanques y riachuelos de fondo cenagoso, ó en las orillas que tengan muchas hierbas, estacadas ú otros obstáculos. Así que se ha cogido á la carpa, su primer cuidado es tratar de buscar por todos los medios posibles el desembarazarse del anzuelo que la retiene prisionera. El barbo obra de la misma manera que la carpa.

Contra estos pescados cautelosos y astutos no queda más que un medio: obrar rápidamente y tirar fuerte, como dicen los pescadores de profesión. La balanza llenaría cumplidamente estas condiciones. Según nuestro parecer, está indicada en las dos pescas de que acabamos de hablar, tanto más cuanto que éstas se practican siempre con sedales y cebos fijos.

La construcción de la balanza puede modificarse de diversos modos y hasta hacerla portátil, siempre que se ponga el resorte lo más próximo que sea posible al anzuelo.

Otro pescado está todavía indicado por sus costumbres para el empleo de la balanza de contrapeso: éste es la anguila. Es sabido que todos los esfuerzos que hace, ayudándose con las piedras y las hierbas del fondo de los ríos, son para escapar á su suerte.

Finalmente, y para terminar con las pescas rusas, diremos que los pescadores de este país tienen una manera por demás ingeniosa de sostener el anzuelo de un sedal de fondo entre dos aguas.

Para esto emplean un tapon de corcho, á cuyo centro sujetan la punta de un cordelito de hilo, por medio de una aguja, como puede verse en la fig. 6. El otro extremo del cordel se ata á la parte encorvada del anzuelo con un nudo escurridizo.

La simple acción del corcho sostiene al anzuelo tendido, sin dejarlo que se sumerja, lo que hace que lo muerdan los salmones y otros pescados, que en su calidad de

carniceros, y quizás á causa de ella misma, no atacarían nunca un cebo que descansara en el fondo de un río.

V. C.

CAZA DE CARNEROS CIMARRONES EN LAS MONTAÑAS ROCOSAS.

¿Quién no ha oído hablar en su vida de las célebres montañas Rocosas, ó *Pedregosas*, como dicen en el Canadá, de esos gigantes de granito que ostentan su colosal estatura en el norte del Nuevo Mundo?

Las montañas Rocosas, según la exactísima frase de Washington Irving, son uno de los rasgos más salientes y característicos de la América septentrional, extendiéndose, paralelamente á la costa del Pacífico, desde el Istmo de Panamá hasta el círculo ártico, y son además, en toda la extensión de la palabra, una verdadera tierra de promisión para los aficionados á la caza y á la pesca.

Las alturas famosas de que nos ocupamos tienen también una cordillera que corresponde con los Andes, y constituyen verdaderamente la espina dorsal del gran continente del Norte. Á semejanza de los Alpes y de los Pirineos, su elevación no presenta uniformidad ninguna, como todas las series de las convulsiones de la esfera terrestre, y se componen de picos agudísimos, de gargantas, valles, desfiladeros y barrancos de aterradora profundidad. Las mesetas y las llanuras son de una riqueza vegetal indescriptible; la fauna y la flora, boreales y tropicales; bosques y prados abundantes de caza; ríos y lagos llenos de pesca; desiertos cuya esterilidad sólo es comparable con la del Sahara; y luego, tesoros minerales, que no se agotan nunca, de hierro, oro, cobre, platino, hullas y diamantes; todo ello revuelto con nieves eternas, con rocas peladas, con árboles frondosos y con soledades incommensurables. En parte alguna como allí ha impreso la Naturaleza su sello poderoso de majestad y de infinita sabiduría.

Los indios dicen en su poético lenguaje que poseen la *cresta del mundo*, y creen asimismo que Wacandan, ó sea el Criador Supremo, ha establecido su residencia en aquellas aéreas alturas, y que allí están *las tiendas de los espíritus libres y dichosos*, que después de haber obedecido los preceptos del Dueño de la Vida, gozan en la otra de voluptuosas delicias.

En el centro de las montañas Rocosas, situado á los 52° de latitud Norte, nacen dos magníficos ríos, el Colombia y el Artabasca, que van á desembocar en dirección diametralmente opuesta, uno al Pacífico y otro al Océano Atlántico, por la bahía de Hudson, naciendo ambos, ¡cosa rara y quizás única en los anales hidrográficos! de un mismo manantial ó pequeño lago de un kilómetro de circunferencia, encerrado en una especie de copa, y á seis mil metros sobre el nivel del mar.

Tal es la escena del lance venatorio, con honores de melodrama, que vamos á referir á nuestros lectores.

Hacia fines de Octubre del año último salió una expedición de caza del establecimiento de *Jasper*, puesto ó expendeduría de pieles situado á cinco leguas de la base de las montañas Rocosas, dispuesta á escalar las formidables barreras que por aquella parte presentan los accidentes del terreno.

Componíase de diez cazadores, é iban entre ellos canadienses, americanos, ingleses, mestizos é indios de pura raza indígena, seguidos de un caballo viejo que llevaba los víveres y los menesteres propios de la expedición. La marcha se hacía á pié, y si bien las armas nada dejaban que desear, no sucedía lo mismo con las vituallas de boca. Algunas truchas en conserva y dos jamones ahumados de oso; he aquí lo que constituía las provisiones.

Llovía bastante cuando los expedicionarios abandonaron los mostradores de Jasper. El cielo de color aplomado y la pesadez de la atmósfera no les arredraron en sus propósitos. El primer día anduvieron nueve millas, siete el segundo y seis el tercero, á través de un camino tortuoso erizado de obstáculos. Las caídas eran frecuentes y dolorosas; algunos cazadores tenían las manos y las rodillas ensangrentadas; no se había presentado ni una sola res, ni el ave más insignificante que poder tirar; las provisiones iban agotándose, y era preciso reponerlas. Para colmo de

infortunio, y al escalar un bloque enorme que obstruía el camino junto á una cascada, ó *tum-tum*, como dicen los indios por onomatopeya, el pobre caballo cayó con su carga en el fondo de un precipicio insondable. Las municiones y los víveres se perdieron, pues, en los misterios de la sima. Al cuarto día se vieron los hombres sin más pertrechos que unos cuarenta ó cincuenta tiros en las cartucheras, reanimándose algo sus esperanzas respecto á alimentos al encontrar un *escondite*, especie de silo donde los traperos americanos ocultan sus provisiones, que debajo de tierra se conservan perfectamente años enteros. Pero el escondite había sido registrado y saqueado por los merodeadores del país.

Caía la nieve con abundancia, haciendo crujir á los árboles con su peso; el frío era cada vez más intenso; reinaba un silencio de muerte, prestándose dignamente el paisaje para ser reproducido por el tétrico pincel de Salvator Rosa.

Al llegar los cazadores á lo más alto de las montañas, ó sea á las orillas del lago que sirve de origen á los citados ríos, desencadenóse el huracán con tal violencia, que fué imposible dar un paso sin exponerse á una muerte cierta. Reunidos los cazadores en consejo, determinaron acampar allí, construyendo una choza para librarse de la cruda intemperie de la noche.

Antes de amanecer, y aguzados por el hambre, comenzaron la batida, sin obtener mejores resultados que los días precedentes. Tratóse de bajar al llano, pero la nieve había cerrado los desfiladeros, ocultando las sendas y los caminos, y no había otro recurso que perecer de inanición y de frío en aquel círculo helado, que les anticipaba el color y la tristeza de un sudario de muerte.

De repente oyeron extraños y confusos rumores que fueron poco á poco tomando cuerpo, percibiendo al fin clara y distintamente atronadores mugidos. Salieron los cazadores en tropel de la improvisada cabaña, viendo ante sí con alegres y espantados ojos un rebaño inmenso de *carneros cimarrones*, que constituyen la mejor pieza de caza de las montañas Rocosas. Participan de la naturaleza del ciervo y de la cabra montés, aunque se parecen más á esta última por su forma y por sus costumbres, habitando de continuo en los picos más inaccesibles, sin bajar á los valles sino cuando el invierno es muy rigoroso.

El rebaño de carneros iba y venía, retrocedía y avanzaba como para calcular la profundidad del barranco en que se habían puesto, al resguardo de los hambrientos cazadores, hasta que al fin, hostigados por los lobos que los perseguían, aculándolos cada vez más en la estrecha plataforma, se decidió uno á saltar, y los otros, á semejanza de los de Panurgo, siguieron el ejemplo, y en pocos minutos se llenó el barranco, mientras los lobos, con los ojos inyectados y las fauces abiertas, contemplaban extáticos la repentina desaparición de sus víctimas.

Aquello para los cazadores fué el maná bajado del cielo, haciendo una matanza terrible en los animales, que huyendo de un peligro, fueron á dar en otro no menos grave.

Encendido el fuego y aplacada el hambre con la exquisita carne del carnero cimarrón, despojaron á nueve de ellos de sus enormes cuernos triangulares en la base y afilados hacia la punta, improvisando trampas de caza, con cuyos sonidos celebraron su inesperada fortuna, y el no haber perecido, víctimas de sus aficiones venatorias, en las sinuosidades inhospitalarias de las montañas Rocosas.

J. M. C.

LA CHOCHA.

La chocha, llamada también becada, pertenece á la familia de las *Scolopacidae*, orden de las *Grillatores*. Es ave de paso.

Cuando por las mañanas y tardes de la primavera vuela de paso, acontece que una hembra es perseguida por varios machos, y unos tratan de repeler á los otros: esto se llama en lenguaje técnico *puntarse*.

La patria de esta ave, así como la de todas las de paso, es el país donde anidan y crían. Por consiguiente, debe admitirse que se extiende la suya desde el norte de Eu-



EL LOBO Y EL CORDERO.

ropa y Asia hasta la Islandia y la península de Kamtschatka. En invierno bajan al sur de Europa y muchas pasan al Africa, extendiéndose á todos los países cálidos, hasta la China, el Japon y la Costa de Oro.

Existen dos variedades, una mayor que otra.

La menor mide desde el nacimiento del pico á la cola (timon) 22 centímetros, y de punta á punta de las alas, de 42 á 45 centímetros.

La mayor es de 3 á 4 centímetros más larga, y las alas miden 10 centímetros más que en la primera.

Estas últimas son más frecuentes que las menores.

Siendo esta ave muy conocida de los cazadores, omitiré la parte descriptiva de su figura, limitándome á dar á conocer sus costumbres y modo de cazarla.

El movimiento de las chochas es rápido al apear, como en el vuelo: este último es regular y tirado, sin hacer zig-zags y á igual altura, exceptuando el tiempo del celo, ó cuando salen del monte hueco hácia los rasos ó los matorrales. Vuelan mal contra el viento.

La naturaleza ha dotado á las chochas de sentidos muy finos; no podemos decir cuál de ellos será el más desarrollado; pero se ve que el tacto y los vientos son excelentes, sin que podamos por esto atribuir á los demás peores condiciones. Perciben las lombrices, que les sirven de alimento, cuando están debajo de tierra, y las buscan introduciendo el pico en ella, y con él las sienten y las extraen.

Son muy apocadas y medrosas, y no se lanzan al vuelo para librarse de los lazos que les tienden sus enemigos; por el contrario, se agachan en el suelo encogiéndose el cuello, y tienden el pico hácia adelante. Si no se las descubre por el brillo de sus grandes ojos, es muy difícil verlas, aún cuando el perro esté de muestra, porque su pluma se confunde con el color de la tierra y el de la hojarasca. Si se levantan, evitan con frecuencia el tiro, apeonando un buen trozo de terreno, ocultándose con las plantas menudas ó con los arbustos.

Sólo en la primavera, por tarde y mañana, cuando están de paso, dan de sí un sonido, pero nunca en otoño.

Este sonido se siente desde lejos estando enceladas las chochas, particularmente en las mañanas y tardes de calor, ó después de haber llovido.

Las chochas son muy sensibles al plomo: tiros que no serían peligrosos en otras aves, son mortales para éstas.

Verifican la emigración durante las horas de la noche, y con preferencia en aquellas en que la luna se refleja en nuestro planeta. Cuando en las comarcas del Norte, donde residen durante el estío, á fines de Setiembre, cae la primera nieve, empiezan á hacer la emigración solas, aprovechándose de los vientos N. y NE.; y así acontece que por esta época son raras por estas tierras.

No se detienen más tiempo en cada comarca que el suficiente para descansar, y éste es desde la mañana que llegan hasta la noche del mismo día en que vuelven á emprender su vuelo. Cuanto mejor tiempo hace durante la emigración tanto más cortas son las jornadas, pues su gordura por esta época les produce pesadez y exige frecuente reposo; pero con tiempo frío sus etapas son mayores.

Si han reposado durante el día, á los primeros resplandores del lucero vespertino (Sirio) se elevan y revolotean un breve tiempo, y vuelven á posarse en tierra, buscan algún alimento para fortalecerse, y emprenden el vuelo de nuevo.

Es muy raro que una chocha inverte en país frío y donde nieve mucho; la que haga esto está indudablemente enferma, ó ha sido herida levemente, impidiéndole terminar su peregrinación.

Cuanto más suave haya sido el invierno, tanto más temprana es la época del paso; algunos años se ven aquí á fines de Enero ó principios de Febrero (1). Si en este tiempo sopla un viento S., SO. ú O., se presentan en mayor número que con viento del Norte ó Levante; se detienen ménos tiempo, si no son molestadas por ventiscos ni nevadas. Cuanto más templadas sean las noches, y la luna sea más brillante y la primavera se retrase, tanto

(1) Se entiende que me refiero á las que han invertido en África, y no á las que lo verifican en nuestra península. Estas últimas se conducen como si fuesen indígenas, y como á tales se las caza.

más corta es la duración del paso; con estas circunstancias apenas dura tres semanas.

Á la caída de la tarde y con el crepúsculo matutino, en tiempo crudo, vuelan alto y rápidamente, dando de sí el sonido de que ántes hemos hablado; pero con tiempo templado, y sobre todo cuando llovizna, su vuelo es más lento y bajo, sin interrupción, más ó ménos largo, según el macho y la hembra se encuentren más ó ménos temprano.

Durante su paso de primavera se encelan, y el sonido que despiden de su garganta durante su vuelo, tanto el macho como la hembra, indica el desarrollo de sus instintos amorosos.

Hácia la tarde, se remonta primero la hembra citando al macho; y se ha notado que apenas ha dado el sonido de reclamo, inmediatamente salen del monte muchos machos y empiezan las rivalidades entre ellos.

Tan pronto como la hembra toma tierra ó se posa sobre ella, el macho más próximo se arroja en seguimiento suyo, y ambos se ocultan entre los matorrales; las otras siguen su vuelo.

Como el número de hembras es mucho menor que el de los machos, cuando uno de éstos tiene la desgracia de perder á su compañera después de apareados, la existencia que le está reservada al primero es muy triste, pues ansía encontrar consorte y no la halla.

Cuando las hembras sienten próxima la época de la postura, se construyen un nido en terreno seco, escarbando la tierra y rodeando esta cavidad con ramitas, cubriéndola con musgo y hierbas secas. Este nido, construido sin arte, le utiliza para poner en el mes de Marzo ó Abril tres, cuatro, ó á lo sumo cinco huevos puntiagudos, de color amarillo sucio, sembrados de puntos de color lila y castaño oscuro. Generalmente hacen una sola postura; pero hay años en que algunas hacen dos, si el país donde veranean es bastante meridional.

Á los catorce ó diez y seis días salen los polluelos.

El macho cubre el nido cuando la hembra sale á buscar su alimento, que consiste en escarabajos, caracolílos, gusanos y larvas. En la primavera, cuando regresan á su patria y estos manjares les faltan, se nutren con raicillas de plantas menudas en estado de descomposición, lo que verifican introduciendo el pico en la tierra, como cuando buscan las lombrices, lo cual hace creer á la gente del campo que absorben la sustancia de la tierra. Como en primavera el alimento es más escaso y ménos sustancioso, y las jornadas que hacen son más largas, están más flacas que en el otoño, en que emigran muy despacio; vienen bien nutridas, y por todas partes encuentran qué comer.

Durante el estío se domicilian en bosques de terrenos elevados que tengan buenas praderas en sus inmediaciones. El invierno le pasan con preferencia en montes poblados de especies coníferas, por ser de vuelo más cerrado, y con él quedan á cubierto de las escarchas y heladas.

Para estar próximas á su alimento favorito eligen como estancia terrenos pantanosos, y á falta de éstos buscan las *bañas* de las reses, en cuyas orillas se sitúan después de haberse cerciorado que nadie las ve. Una vez tranquilas por su seguridad individual, perforan el suelo con su largo pico, van y vienen repetidas veces, produciendo un sonido zumbón. Ninguna lombriz, por oculta que éste bajo la tierra, escapará á la sensibilidad de su pico, hallándose al alcance del mismo; las pequeñas las tragan enteras; las más largas las dividen en dos ó más trozos.

La excelencia de su carne la ha colocado en primera línea entre los manjares delicados.

La circunstancia de vivir en países extremos en las dos estaciones principales del año, y no hallarse entre nosotros sino en el corto tiempo que dura el paso, hace que sean pocas las que se cazan, y esta misma razón hace que sean más codiciadas; así que el verdadero cazador no omite fatiga ni desvelo para conseguir poder llevar colgada una chocha; pues sobre el placer de saborearla, entra por mucho una buena dosis de amor propio en enumerar las que ha conseguido matar en el año.

Antiguamente, en algunas cortes extranjeras se concedía un buen premio al que tenía la suerte de matar y entregar la primera becada.

Para cazar chochas es necesario, ante todo, tener un

perro maestro que cace corto; es decir, que mientras busca la caza se separe poco del cazador, que sea perro de fatiga y no tema la humedad, que en la primavera siempre es fría.

Agradable y remunerativa es la caza á la espera durante la primavera, pues por este tiempo es el paso más numeroso; y con el celo, más frecuente que tomen tierra, á más, que los machos al perseguirse revolotean en busca de la hembra que se ha ocultado, y estas circunstancias reunidas hacen que sea más fácil llegar á tiro.

Con este objeto debe el cazador situarse á las seis de la tarde, y por la mañana ántes de rayar el día, en el puesto elegido de antemano y por donde el paso se verifica anualmente, desde el cual pueda descubrir el mayor horizonte posible, sin tener cerca grandes árboles que le impidan tirar con comodidad.

Sin poner mucha escrupulosidad en ocultarse, espérese el paso, que ya desde lejos se percibe, y suena próximamente como *puitz, puitz*, tírese, si se tiene un arma de un cañón, lo ménos posible de frente, apuntando cuatro dedos delante del pico, delante de éste, si es de lado; y y si se tira de pasada, procúrese apuntar de modo que el cuerpo de la pieza esté sobre el punto del arma.

Como el color de la pluma de la chocha se confunde con el de la tierra y la hojarasca seca, es bueno llevar siempre el perro al puesto para cobrarlas.

Si vienen á la vez varias chochas reunidas, y si se *puntean*, procúrese no tirar á la primera, que indudablemente es la hembra, que sobre ser más pequeña que los machos, es una lástima matar á la que tantas crías puede producir; y aunque de paso, deben siempre respetarse aquellos individuos que contribuyen á la reproducción de su especie, tanto más, cuanto que en ésta las hembras son mucho ménos numerosas que los machos.

El *recheo* ó la *busca* con un buen perro perdiguero (1) es otra manera de cazar la chocha. Se procede del mismo modo que cuando se cazan liebres en los matorrales.

La mejor hora de *recheo* es entre las nueve de la mañana y las tres de la tarde, porque en la primavera la chocha aguanta poco al perro y ménos al cazador por la mañana temprano y después de las tres de la tarde.

Depende de la temperatura el sitio que eligen para guarecerse; pero no se deben dejar de examinar las matas de espino y de sauce, que busca con preferencia.

Á fin de que el perro tenga *viento* y le facilite la busca, debe cazarse contra él, lo cual tiene la ventaja de que la chocha aguante más, porque le es difícil remontarse contra el viento, y se posa ántes cuando se ve obligada á volar en contra del mismo. El cazador debe observar y fijarse dónde ha tomado tierra, para volver á encontrarla. Pero no aconsejaré jamás seguirla en el mismo camino que ha tomado, porque una vez movida, aguanta mejor, si se le entra en otra dirección que la que ella ha llevado; y esto puede tener por causa que cuando se posa y echa al suelo dirige la vista hácia el sitio de donde arrancó.

Cuando el perro esté de muestra debe el cazador dar vueltas al rededor del sitio adonde el perro dirige la vista, y la descubrirá, porque los ojos extraordinariamente grandes de la chocha la hacen traicion; aproveche la circunstancia de estar echada para tirarla (2).

Cuando salta en monte muy espeso, se eleva en dirección vertical, y el cazador no debe desaprovechar esta circunstancia; pero si no puede hacer tiro, conviene más que la deje alejarse á 30 ó 40 pasos de distancia.

Si se caza en mano, deben los cazadores procurar verse constantemente los que van á la derecha y á la izquierda de cada cual, conservando siempre la línea; y deteniéndose todos cuando uno haya tirado; y no es conveniente avanzar hasta que este último dé la voz de *adelante*; pues no se deben olvidar las desgracias que por falta de prevision se hacen demasiado frecuentes.

Por último: en montes donde por su espesura no es fá-

(1) Acontece con el perro perdiguero como con todo perro de muestra, ya sea el español, el *setter*, el *pointer*, ó el *épagneul*, que se dedica á la volatería.

(2) Algunos, muchos cazadores quizás, estoy seguro que sonreirán al leer que se tiran echadas; pero cada cual puede hacer lo que crea más conveniente. Sólo tengo la seguridad de que si se dedican á cazar la chocha á *recheo* y hacen alarde de buenos volateros, el resultado les demostrará que mi consejo no es tan malo como á primera vista parece.

cil recechar las chochas, se cazan á ojeo con mucho mejor éxito. Deben, sí, hacerse los ojeos de poca extension y en los sitios en que se tenga la seguridad de que hacen parada. Los ojeos se llevarán con el viento, con objeto de que la caza apeone, marchando muy despacio, y empleando muchachos, con preferencia á los adultos, por serles más fácil abrirse paso por las marañas.

El ojeo se practicará sin alborotar ni hablar más que en voz natural, golpeando las matas y arbolitos con un palo.

Los ojeos que se llevan contra el viento facilitan á la chocha remontarse al arrancar, y pocas pasan por la línea de fuegos.

En muchos países se ojean poniendo lazos en las veredas ó pistas; pero este modo de cazar, aunque sea á aves de paso, no puede ser aprobado por los verdaderos cazadores.

TORRE AYLLON.

CRIA DE GALGOS.

Esta es la gran dificultad para el aficionado; una buena alimentacion y mucho esmero para su desarrollo forma la base del porvenir de estos animales. El perro que no haya sido bien criado durante el primer año, poco ó nada puede esperarse de él. Cada cachorro, lo más dos, deben criarse con una sola perra y alimentarla mucho, con objeto de que siempre estén *viciosos*.

A los pocos días de nacer, lo primero que debe hacer el aficionado es cortarles á tijera la puntita de las dos orejas, porque siendo el galgo por naturaleza propenso al *cáncer* en ellas, por el continuo sacudimiento que tiene por las moscas, y siendo la piel de esta parte tan delgada, produce una congestión en la punta, que poco á poco se hincha, se resquebraja y brota la sangre, y en algunos con tanta persistencia, que es difícil contenerla, y termina, como se dice, en *cáncer*, á más de que el perro está siempre molesto, y sobre todo en climas cálidos. Al propio tiempo hay galgueros que tambien cortan á tijera los dos dedos pequeños que tienen (uno en cada brazo) á la mitad de distancia de los otros cuatro dedos y el espolon ó bolillo. Los que esta operacion practican, cuando se les pregunta por qué la hacen, contestan que es para evitar que el perro corriendo se alcance una mano con la otra y se dañe, perdiendo así carrera. Esta es la única razon que aducen; pero en nuestro sentir es una pura rutina, puesto que tenemos observado lo contrario, y cuando la naturaleza lo da, para algo sirve. Desde los quince días á los treinta echan los cachorros los dientes y colmillos, y á los seis meses mudan, teniendo ya completa la dentadura que han de conservar. Deben mamar lo que quieran, pero pocos llegan á los dos meses. Conviene irles dando leche y papilla mientras maman, para que despues al destete no lo sientan tanto y tengan buen estómago. Una vez destetados deben comer lo ántes dicho, y todo cuanto apetezcan, y cada vez más y más, para que estén siempre repletos. Será provechoso darles carne cruda en pedacitos algun día que otro, hasta que tengan un año, y despues sólo cuando por alguna enfermedad el animal esté muy decaído, pues con esta alimentacion tiene que hacer fuerzas el estómago y se limpian.

Desde esta edad (esto es, al año) deben comer pan seco, acostumbrándolos poco á poco á una sola comida, por la noche, y en caso corta cantidad por la mañana; de este modo el perro no flojea con el trabajo de todo el día y está bien dispuesto por la mañana cuando sale á cazar. Se les debe acostumar á la cadena, tenerles buena y limpia cama, privarlos del calor, del frío, de la lluvia y de acercarse al fuego, evitando así muchas enfermedades, y nunca consentirles que anden vagabundos comiendo porquerías.

Debe sacárseles muy á menudo á paseo en las inmediaciones de la poblacion, para que jueguen y corran lo que quieran y vuelvan á casa contentos, con apetito y acostumbados á la obediencia.

En este período de tiempo su padecimiento en general es el moquillo, y para su curacion, dejando á un lado todas las consejas de viejas, se usa como receta infalible uno, dos ó tres granos de tártaro emético en un poquito

de agua, segun la edad del perro, y tan luego empiece á sentirse legañoso ó desganado, repitiéndolo si fuese necesario. Con este método, seguramente será raro se desgracie ningun cachorro. Ningun perro debe salir á cazar hasta que no tenga año y medio, y la hembra hasta el año, pues éstas siempre se adelantan; de este modo, bien criados, tendrán fuerzas y empezarán su carrera *preparatoria* acompañados de otros galgos buenos, por espacio de seis meses; esto es, hasta los dos años y año y medio respectivamente. Este período de tiempo exige mucho cuidado, á fin de que el cachorro corra con gusto y energía; no abusar de él, acariciarle mucho, que trabaje una ó dos veces por semana, con pocas liebres y en buen terreno, para que despues así confiado, sano, fuerte y preparado, entre en su primera carrera con todas las condiciones necesarias para matar la liebre, que no tiene más defensa que su ligereza y astucia.

Siempre, y sobre todo en un principio, los abusos de todos géneros y los malos tratamientos harán malo al galgo de mejor procedencia.

E. DEL RIO.

(Almaraz.)

LA PERDIZ.

Cesa un instante siquiera,
Cesa, avecilla, en el canto,
Y no atraigas á los tuyos
Con tu pérfido reclamo.
El mismo dueño á quien sirves
Te arrancó del nido amado,
Te robó la libertad,
Te desterró de los campos;
Y por complacerle ahora,
De tanta crueldad en pago,
Á tu esposa y á tus hijos
Tú misma tiendes el lazo.
La voz del amor empleas,
Brindas con dulces halagos,
Cuando la tierra y el cielo
Á amar están convidando;
Pero entre tanto, escondida
La muerte acecha á tu lado,
Pronta á salpicar con sangre
Las bellas flores del prado.
¡Ay! deja al hombre cruel
Valerse de esos engaños,
Llamar con voz alevosa,
Y vender á sus hermanos.

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 3 DE OCTUBRE DE 1879, Á LAS TRES DE LA TARDE.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y cuatro tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Okolicsanyi, Vizconde de la Torre de Luzon y Conde de Villanueva.

La segunda piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y tres tiradores, la ganó tambien, matando tres de tres tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Okolicsanyi y Vizconde de la Torre de Luzon.

La tercera piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y tres tiradores, la ganó, matando seis de ocho tiros, Mr. Okolicsanyi, contra los Sres. Anspach y Vizconde de la Torre de Luzon.

La cuarta piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y cinco tiradores, la ganó, matando cinco de seis tiros, D. Eduardo Anspach, contra S. M. el Rey y los Sres. Okolicsanyi, Vizconde de la Torre de Luzon y Conde de Villanueva.

La quinta piña, cada uno á su distancia, de un pichon y cuatro tiradores, la ganó, matando dos de tres tiros, S. M. el Rey, contra los señores Anspach, Okolicsanyi y Vizconde de la Torre de Luzon.

Asistieron á la tirada SS. AA. RR. las Sermas. Sras. Princesa de Asturias é Infantas D.^{as} Maria de la Paz y D.^{as} Maria Eulalia, las Sras. Duquesa de Híjar y sobrina, y la Marquesa de Calderon.

La tirada terminó á las cinco y media.

GACETILLA.

TIRO DE PICHON EN MADRID.—Esta Sociedad ha vuelto á comenzar sus tiradas ordinarias tan pronto como ha concluido el período del verano, y la primera tarde, como se lee más arriba, honraron S. M. y SS. AA. RR. con su presencia la inauguracion de la fiesta cinegética, tirando el Rey con los demas socios que asistieron la primera tarde.

LOS CAZADORES DE CÁDIZ Y EL PUERTO.—Nos escriben varios camaradas lamentando los abusos cometidos en Cádiz y en el Puerto de Santa María contra la ley de Caza en tiempo de la Veda, y la imposibilidad en que hoy se encuentran de poder ir á sus cacerías, por no haber al despacho en aquella provincia las tarjetas-licencias oficiales.

Lo único que encontramos aquí de sorprendente es la sorpresa de nuestros camaradas. Si no se cometieran aquellos abusos por malos cazadores, y si los cazadores de buena ley se asociaran y reclamaran ante las autoridades, como tantas veces hemos dicho, estén seguros de que los oirían hasta los sordos, y tocarían los buenos resultados que obtienen otros en las provincias en que se han formado esas respetables sociedades.

En cuanto á la falta de tarjetas-licencias, reclamen ante el Gobernador de la provincia que éstos están autorizados por el Real Decreto correspondiente para expedir licencias provisionales en estos casos, ó las pedirán á la Superioridad.

La mayor parte de los males que experimentan los buenos cazadores son hijos de su incuria y de su abandono, como hemos dicho tantas veces y como probaremos otro día.

UNA DESGRACIA POR IMPREVISION.—Leemos en un periódico de provincias lo siguiente:

«En Pollesa (Balears) ha ocurrido estos días una sensible desgracia. Cierta aficionado á la caza estaba á punto de emprender la marcha; los perros, saltando por la casa, derribaron la escopeta, que estaba cargada y colocada junto á la pared; el arma se disparó, é hirió al cazador en un pie y á un hijo suyo que estaba á su lado. La herida del padre fué tan grave, que el infeliz falleció al cabo de algunas horas. Fué auxiliado por médicos, pero éstos conocieron en seguida la gravedad de la herida, y trataron de proporcionarle los auxilios religiosos.»

PÓLVORA DE COLOR ROSADO.—*El Semanal*, de Pamplona, sigue llamando la atención hácia los peligros que ofrece á los cazadores el uso de esta nueva pólvora, de que ya hablamos en el número anterior. Hé aquí lo que dice:

«Como muestra de que no escribimos con ligereza, ampliaremos nuestra primera indicacion, y advertiremos de paso al autor del comunicado, que los compañeros de Asociacion que han sufrido los percances por el uso de la pólvora rosada, son personas muy formales y conocidas en Navarra, comerciantes de arraigo y dignos de toda consideracion por su veracidad.

«Uno de ellos usaba una buena escopeta de dos cañones, fuego central, y despues de rompersele la palanca de cierre, sin tirar más de dos cartuchos con carga de cordón, ha estado sordo durante muchos días, en su comercio establecido en Pamplona.

«Otro ha remitido desde Lumbier á la armería de don José Gorostiza, sita en la plaza de la Constitucion de esta ciudad, su escopeta de dos cañones, sistema Lefaucheux, tambien inutilizada por la palanca, á consecuencia de la explosion de los cartuchos cargados con la cantidad prevenida en los empaques.

«Otro, conocido comerciante de esta capital, al ver el anuncio inserto en *El Semanal*, encargó á su corresponsal de Vitoria el envío de cierta cantidad de aquella pólvora, y en cartas, que conserva, de persona de arraigo (que es su corresponsal) le dice, con fecha 25 y 26 de Agosto, que habiendo ocurrido varios resultados desagradables, y escopetas reventadas, suspendia verificar la comision hasta nuevo aviso, el que no tuvo lugar por el temor de un siniestro.»

MUY BIEN HECHO.—Hay cazadores tan apasionados, dice *El Comercio*, de Valencia, que todo lo posponen al interes de coger alguna pieza, aun cuando para ello sea preciso valerse de medios destructores que rechaza y prohíbe la ley. Entre estos figura el empleo de los hurones, que algunos usan fraudulentamente, por lo que la Guardia civil de Náquera detuvo á uno de tales cazadores, que ha sido multado por el señor Gobernador.

UNA RESOLUCION ACERTADA.—Por el gobierno civil de la provincia de Guipúzcoa se han prohibido los espectáculos llamados pruebas ó tentativas de fuerzas, como el de la de los bueyes en Elgoibar, por ser altamente perjudiciales y repugnantes á la cultura de este tan noble como civilizado país, conminando á los alcaldes de los pueblos donde esto suele verificarse con exigirles la más estrecha responsabilidad, é imponerles las más severas penas, de repetirse estos hechos salvajes.

«Nos parece bien, dicen los periódicos de Pamplona, y

esperamos que en esta provincia se prohiban también las luchas de carneros y las carreras de gansos.»

CAZA EN ESCOCIA.—Según un diario de Inglaterra, han sido muertas en las posesiones de M. Hargreaves, situadas en el condado de Inverness (Escocia), un total de 5.606 gallinas silvestres, por tres cazadores, en diez y nueve días, lo que hace, por término medio, una suma de 63 piezas muertas por día por cada cazador.

Es la cifra más elevada y también el total mayor que en el presente año ha alcanzado la caza en Escocia.

CAZADORES DE PEGA.

—La apertura de la Caza se ha verificado en Francia en las peores condiciones posibles. No sólo ha sido el tiempo tempestuoso y desagradable, sino que, según noticias que recibimos de todos los departamentos, los campos, y aún los cotos, están escasísimos de piezas, que van á caer en poder de los dañadores, sin que baste el rigor de la ley y la vigilancia de los agentes de la autoridad para remediar un mal tan grave.

La mayor parte de los cazadores han vuelto de sus expediciones harto disgustados y mohinos; pero como el espíritu comercial francés penetra como el aire en todas partes, y nada se escapa á su exquisita perspicacia, se han establecido en París, junto al desembarcadero de los caminos de hierro, una infinidad de vendedores de caza, que consuelan por el dinero á los que no se han visto favorecidos por la caprichosa fortuna.

Así es que es muy común el oír diálogos como el siguiente:

—¿Cuánto tiempo hace que salió V. de cacería? pregunta el industrial.

—Cuatro días, contesta el cazador.

—Perfectamente, le replica el otro. Aquí tiene V. una liebre magnífica y dos faisanes que mató el primer día. Acuérdesse bien de esta circunstancia, porque la carne está un poco manida. El segundo día mató V. tres conejos y dos perdices; ahí van. El tercero le salió á V. una bandada de perdigones, de los cuales no cayeron más que estos seis que le presento, y el cuarto día dió V. muerte á esta docena de codornices, que están muy frescas.

Además, voy á dar á V. algunos becafigos para los niños.

Todo esto se habla á media voz y con cierto misterio, como si se tratase de un secreto de Estado.

El morral del cazador se hincha con todas las piezas, que no pueden naturalmente desmentir la superchería, y los cazadores entran en sus casas alegres y orgullosos, haciéndose la ilusión de que han sido los autores de toda aquella carnicería.

PESCA DE PALOMAS.—Un artista, pintor de países de abanicos, por más señas, tenía de vecino á un aficionado á las aves, que había hecho construir un magnífico palo-

de éstas se acercó al anzuelo, y apenas le había tragado cuando tiró con fuerza el pescador de nuevo cuño, trasladando el ave á sus dominios.

Como es natural, el dueño legítimo de las palomas ha ido con su queja á los tribunales de justicia.

APROVECHAMIENTO DE DESPERDICIOS ANIMALES.—Este aprovechamiento, tan descuidado en nuestro país, constituye en otros un ramo importante de la riqueza pública, creándose grandes fortunas á la sombra de una industria que cada día adquiere mayor desarrollo.

Los desechos de cuero, así como las orejas, las pezu-

ñas y los cascos de caballo, sirven para la fabricación de la cola, y en la fabricación de la gelatina se emplean los residuos del marfil, de los huesos y de los tendones de los animales. La piel de perro ofrece ancho campo á la industria, para la confección de ciertos objetos; su grasa es en extremo solicitada en Alemania, en los Estados-Unidos y en el cabo de Buena-Esperanza, para los casos en que los médicos prescriben el aceite de hígado de bacalao, y su piel se ha empleado y se emplea con grandes ventajas en la preparación de los guantes llamados de cabrito.

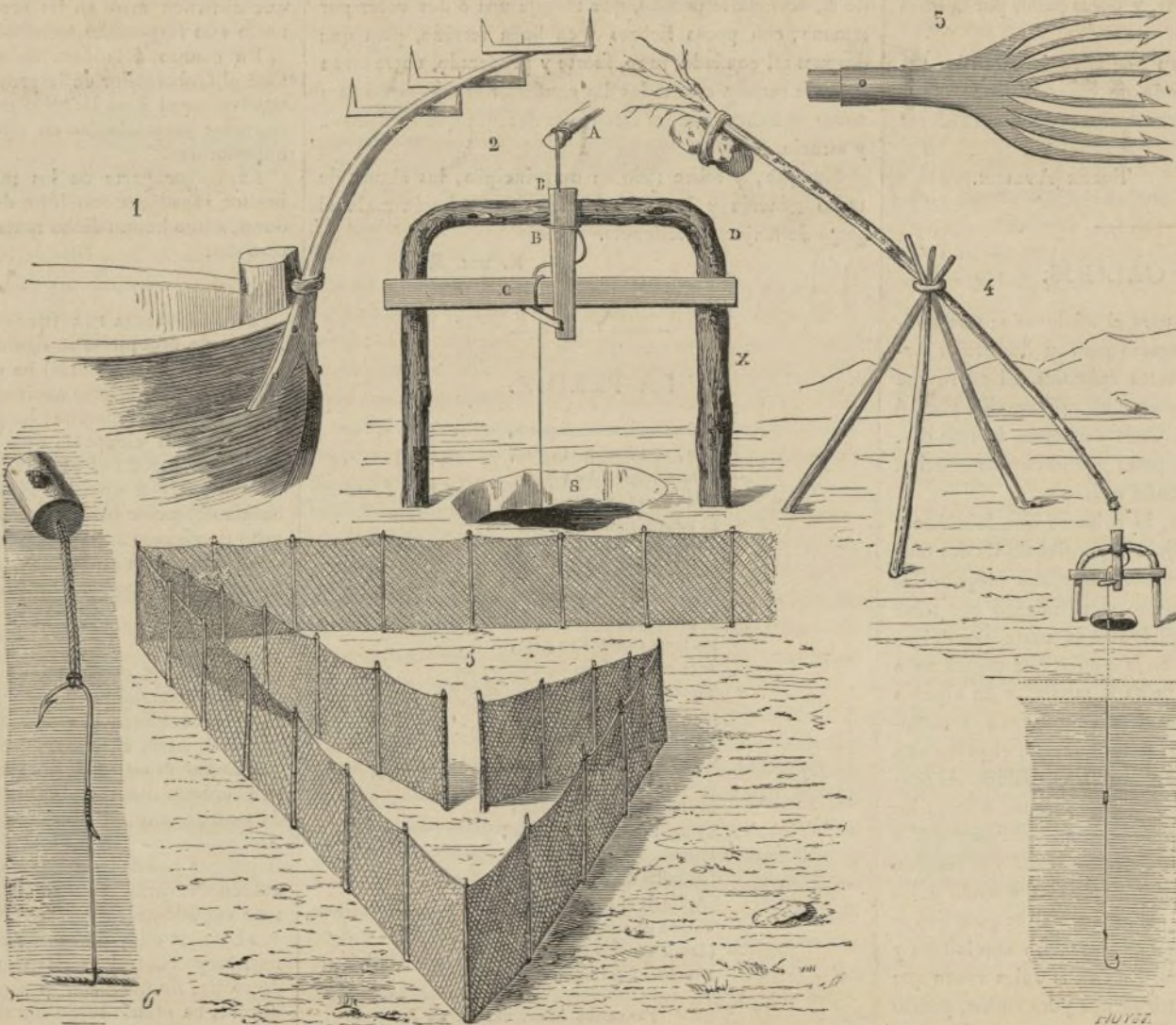
Según una revista francesa, en New-York se recogen anualmente de 5 á 8.000 perros vagabundos; á los que no son reclamados, se les ahoga; luego son transportados por los barcos de limpieza y conducidos á la isla Larrel, donde se utilizan todas sus partes: después de sacar la grasa, se venden las pieles á los fabricantes, y con los huesos se disponen excelentes abonos para la fertilización de las tierras.

DULCE FORTUNA.

Hay en los Estados-Unidos de América un di-

choso mortal, que criando abejas y recogiendo el fruto del trabajo de estos industriuosos animales, ha conseguido hacerse una renta de 12.000 duros al año.

El colmenar está situado en el Canadá y consta de cuatro inmensos edificios. A fines del mes de Julio último llevaba recogidos 25.000 kilogramos de miel de la castra de 650 colmenas, y las ganancias que el cosechero realiza, no sólo consisten en la venta de la miel y de la cera, sino en el suministro de enjambres.



LA PESCA EN RUSIA.

mar en el sexto piso de su casa habitación. Al poco tiempo notó que las palomas disminuían de una manera sensible, creyendo al pronto que no sabrían, una vez en el aire, encontrar fácilmente el camino del palomar. Pero para asegurarse mejor resolvió ponerse al acecho.

Cuál no sería el asombro del buen hombre al ver á su vecino el pintor, quien, sentado gravemente en medio de su cuarto, tenía en la mano una caña de pescar, cuyo hilo flotaba sobre el tejadillo que cobijaba á las palomas. Una

ANUNCIOS.

GRAN BAZAR DE ARMAS y efectos de caza, pesca y esgrima, de Indalecio Pérez, calle de Tetuan, núm. 23, Madrid.

Primer establecimiento en su clase en España, surtido abundantemente con géneros de novedad de la Exposición de París.

Especialidad en escopetas inglesas, austríacas, francesas y belgas. Catálogo con la nueva Ley de caza, decretada en 10 de Enero de 1879, cuyo precio es de un real en toda España.

Cepo-cañon-central, para matar toda clase de animales dañinos. Indispensable á todos los ganaderos, dueños de montes y Sociedades de caza. Consiste este aparato en un cañon de calibre 16, de 0",30 de largo. LA ILUSTRACION VENATORIA lo titula *Matalebrar*, y lo describe en su número 3.º de este año. Su inventor ha sido premiado en la Exposición Universal de París de 1878. Precio: 200 reales. Remitiendo su importe en letra de fácil cobro se manda á provincias franco de porte.

DE LA CAZA Y SU LEGISLACION.—Tratado de la caza, pesca y uso de armas, con las leyes vigentes, por D. Joaquín Badía, Doctor en Derecho Civil y Canónico, Presidente de la Asociación de aficionados á la caza y pesca, de Cataluña, etc.—Un volumen en 8.º—Véndese á 10 reales en las principales librerías.

CAZA DE LA PERDIZ.—Consideraciones sobre la caza de la perdiz con reclamo, por D. Andrés Guerra, fundador y vice-presidente de la Asociación de aficionados á la caza y pesca, de Cataluña, etc.—Un folleto en 8.º—Véndese á 4 reales en las principales librerías.

ARMAS DE CAZA Y DE TIRO.—Libioulle, Guinard y Compañía.—Avenida de la Opera, número 8, en París.—Únicos agentes de W. W. Greener, de Londres y Birmingham, y de Torchand y Wadsworth de Worcester.

Escopetas chokobore de Greener para caza y tiro de palomas.	Francos.
1 Escopeta de triple corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokobore, 1.ª clase, adamascado muy fino.	1.100
2 La misma escopeta, 1.ª clase, adamascado fino.	1.000
3 Id. id., sin adamascado.	920
4 Id., 2.ª clase, adornos finos.	840
5 Id., 2.ª clase, sin ningún adorno.	820
6 Id., sin adorno, pero el mejor montado de este sistema.	740
7 Escopeta de doble corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokobore modificado.	680
8 Id., id., id.	550
9 Escopeta chokobore, modificada, llave inglesa y calibre 12, 16 y 20.	420
10 Id., id., id.	340
11 Id., id., id.	300

Las escopetas marcadas con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6 están arregladas para tirar de 200 á 230 perdigones ingleses, del número 6, en un blanco de 76 centímetros de diámetro, á 36 metros y 50 centímetros de distancia. El número máximo de perdigones para la carga es el de 305.

La escopeta número 7 tira de 180 á 210 perdigones.	Francos.
Id. » número 8 » de 160 á 200 »	
Id. » número 9 » de 140 á 190 »	
Id. » número 10 » de 160 á 170 »	
Id. » número 11 » de 150 á 160 »	
Escopeta Hammerlen, sin gatillo, 1.ª clase, sistema choke.	1.200
Id. id. id. 2.ª clase.	750

Revólvers de Torchand y Wadsworth de Worcester (E.-Unidos).

Bull dog de triple raja de nuez; calibre, 320, nickelado.	35
Id. id. id. id. 380 id.	40
Terror id. id. id. id. 320 id.	35
Id. id. id. id. 380 id.	40
Revólver de acción doble id. id. 320 id.	55
Id. id. id. id. 380 id.	60

Escopetas de caza de 100 á 200 francos, de todos sistemas y calibres. Revólvers desde 8 hasta 120 francos. Carabinas de precisión de los sistemas Martini, Stahl, Wetterli, Sharps, y municiones, enseres y accesorios de caza y de tiro.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.